

Magda Portal

## Revisión del deporte

### EL DEPORTE EN LA HISTORIA: GRECIA, ROMA, LA EDAD MEDIA

Deporte, igual recreación, pasatiempo, placer, diversión. En inglés, sport. Cada época ha tenido su manera especial de divertirse. Y ha creado su juego público, que es lo que más exactamente debería significar la palabra deporte o sport, juego, diversión, pasatiempo en público, al aire libre. Grecia crea los famosísimos Juegos Olímpicos, elevándolos a la categoría de institución nacional, y llevados hasta la pasión de hacer exclamar a una madre espartana que más le interesaba el resultado de los juegos que la suerte de sus hijos, que luchaban en la guerra. El interés público por los Juegos Olímpicos era tal que llegada la época de las Olimpiadas, se suspendía toda actuación para llevar ésta a efecto, en cuyo lucimiento se ponía más dedicación que en el triunfo militar de los ejércitos.

Juegos maravillosos los Olímpicos—su propio nombre demuestra su excelencia, al llamarles Juegos de dioses—daban ocasión a que se luciera en forma impe-

cable, la belleza estatuaria de los jugadores, su destreza para arrojar el disco o la jabalina, o tender el arco, o su agilidad asombrosa para cubrir las distancias. Era el culto a la belleza física, era el paganismo en toda su magnificencia. Goce estético y goce físico, una doble euforia iluminada a los públicos y a los jugadores. Sobre el altar de la naturaleza, Grecia oficiaba a la salud y a la belleza humana, como los más preciados dones concedidos por los dioses.

Pero el deporte griego tenía culto de rito sagrado. A su espectáculo se concurría como a los templos a escuchar los oráculos. Sólo que el paganismo como religión era alegre, optimista, lleno de contagiante entusiasmo. Entusiasmarse es endiosarse, interpreta Unamuno, es estar disfrutando de una facultad divina.

Los grandes campos de deporte, bosques y alamedas no eran lugares de comercio, ni de bastardo mercantilismo. Se amaba el deporte, porque era el dispensador más alto de la salud y de las bellas formas, mas no como un medio de ganarse la vida. No existía el profesionalismo, ni los empresarios de circo.

Roma inicia la decadencia del deporte de la antigüedad. Ya el hombre no compite con el hombre en justas de destreza, de agilidad o fuerza física, sino que la competencia incluye la muerte, cosa completamente antiestética y lejana del ideal griego. Ya no es la salud, sino la fuerza bruta en toda su energía. Los gladiadores romanos, para demostrar su fiereza y su fuerza muscular, luchan cuerpo a cuerpo, pero armados con

pesadas armas, hasta que uno de los dos combatientes queda sobre la arena teñida en sangre. El espectáculo del circo romano es lo menos bello que puede imaginar una sensibilidad helénica. Los espectadores aúllan en el delirio de su entusiasmo, las matronas aplauden y premian al vencedor o se desmayan. La turba enronquece con sus gritos, a medida que la lucha se torna más enconada y feroz. El deporte se individualiza, se atomiza; ya la masa no participa activamente, sino como simple espectadora.

También se realizan los combates, teniendo como adversarios a las fieras. Son los condenados a muerte, a quienes se brinda esta oportunidad de salvarse, dominando al hambriento y enfurecido tigre o león de la selva. Dominándolo o sirviéndole de pasto sobre las arenas cálidas.

El deporte romano es la degeneración del deporte griego. Simboliza su ambiente y la descomposición de una sociedad, basada en la imposición de la fuerza. El Imperio cesáreo necesita exteriorizar su audaz concepción del poder, destruyendo sangrientamente a los que delinquen, o divirtiendo sangrientamente a su pueblo, para que no olvide el rojo de la sangre, ni el espectáculo de la muerte. Sangre y muerte simbolizan a la Roma anticristiana.

El circo, creación romana, donde una turba grosera se refocila con el dolor ajeno, incapaz de sentir el goce estético, refleja asimismo el encanallamiento del deporte

por su mercantilismo. El espectáculo se paga. Existe ya el empresario, el especulador del juego público.

La Edad Media, sombría y trágica, cultura del dolor y de las sombras, recoge el espectáculo romano del circo y de la lucha a muerte. La época de la Caballería, las Cruzadas y las Guerras Santas envuelve en su prestigio caballeresco este entretenimiento público de las justas. Caballeros de noble sangre, lavan ofensas o disputan en «noble lid» el amor de una dama, desafiándose en singular combate. Se traban asimismo luchas feroces, donde no se sabe qué admirar más, si la destreza de los combatientes o los recargados arreos con que cubren su persona y sus cabalgaduras: lanzas, tizonas, yelmos, petos, penachos, escudos, armaduras de hierro obstaculizan el libre desarrollo de la lucha y convierten el deporte noble en un complicado ejercicio. No sólo luchan los directamente interesados en la pugna, sino también el séquito de sus servidores, tornándose así el espectáculo en una gran batalla campal. Muertos o mal heridos son el saldo de este singular espectáculo, en que el público de las galerías disfruta como en el circo, apostando por el caballero del escudo cual, o de las armas tales. La dama disputada premia al vencedor, concediéndole, junto con su mano, el premio a su valor y a su destreza.

## EL TOREO

De Roma viene asimismo la fiesta de los toros. España obtuvo las «corridas,» substituyendo a la fiera selvática, armada de dientes y de garras por el toro astado, ágil, noble en sus movimientos, y posible de permitir hermosos juegos de destreza, sin un excesivo peligro. El toro suele embestir con los ojos cerrados. El circo español se diferencia así del circo romano. Y, poco a poco, olvida las justas medievales entre caballeros para entregarse totalmente a su deporte favorito, las corridas de toros. Se crea un nuevo arte: el del toreo. Se escoge un tipo de traje especial, el de luces, y un adorno personal, el moño, aparte de todos los demás accesorios toreriles. Se usa la noble capa antigua, como un rezago de las costumbres medievales supervivientes en España por tan largas épocas. Músicas, paseo de cuadrillas, sol y alegría dan cierta prestancia bárbara, atrayente, al espectáculo, que ahonda con calor de pasión en las masas sensuales e incultas. Es la fiesta española por excelencia.

Pero el toreo no marca un grado de evolución como espectáculo. Siempre el hombre contra la fiera, muchas veces la arena teñida en sangre y el acezido de una turba sedienta, que se embriaga con el color y el olor de la sangre y que anhela llegar al paroxismo de la emoción a costa del sacrificio de la bestia o del hombre.

El toreo es la degeneración del deporte por lo que tiene de culto el valor personal y por su individua-

lismo. No participa el público del espectáculo más que en la tensión nerviosa, mientras se realizan las suertes. El torero solo, frente a la fiera, divierte al público, le hace sentir todas las fases de la emoción primitiva: miedo, ansiedad, inquietud, desafío violento. Por eso ruge, aplaude, silba, lanza interjecciones, se animaliza sin arriesgar nada, sin demostrar salud, sin elevar un himno a la naturaleza. Antes bien, con manifiesta impotencia física, detrás de sus cuartos de sombra o en los altos tendidos. Los públicos de toros son los menos cultos. La vista de la sangre parece que despierta dormidos ancestros antropológicos en las multitudes gregarias, contagiantes y por un momento—la duración del espectáculo—salen a flote sin máscaras, en toda su franca brutalidad.

Cuando España realiza la conquista de América, todavía vive ella su prolongado Medioevo. Junto con sus costumbres, su fanatismo intolerante, su desprecio por la belleza física, imbuído en sus terrores católicos, la conquista nos trae la fiesta de los toros. Trae también a los toros. Y es así como prende en la tierra americana junto con la vacada que se salvajiza y se hace indígena, el gusto por el deporte bárbaro. Hasta hoy los pueblos americanos más españolizados, son los únicos que conservan la fiesta española. México y el Perú, Colombia y alguno otro más en menor escala. Los pueblos que han recibido el aporte de otras razas europeas o sajonas, latinas, han desterrado para siempre y hace mucho tiempo este deporte. Todo lo que de colo-

nialismo resta en América puede subrayarlo el toreo. Allí revive el viejo españolismo de la capa y la espada, ramplón, pretencioso, fatuo y falso, El torero es el caballero español, viejo hidalgo de capa y espada que desafía el peligro inútil y lo burla con un juego de muleta, bajo un sol deslumbrante que cae a plomo sobre los brillos oropelescos del traje de luces y sobre ese ridículo moño suspendido en la coronilla. No falta nada para hacer galante y medieval el espectáculo: damas de mantón y de peineta ante quienes el torero brinda su primer enemigo, óbolos graciosos, sombreros y abanicos arrojados al ruedo. Todo esto en medio de la algarrabía ensordecedora de las músicas, los gritos de los vendedores, las interjecciones de los hombres y los chillidos de las mujeres. Y los empresarios mercaderes cotizantes del espectáculo, según los kilates del valor del torero. El espectáculo llega a su cúspide, cuando el torero no realiza faenas de valor y el público, embrutecido hasta el delirio, le exige que se arrime a la fiera. Y no es raro escuchar después de una corrida la opinión de los aficionados: si hubo sangre, muertos o heridos, amén del despanzurramiento de media docena de caballos indefensos ante la fiera enardecida, entonces la corrida estuvo buena. Si no, estuvo sosa, sin vida, sin entusiasmo.

Es la agonía de la barbarie medieval que se alimenta aún de violencia y de sangre.

## DEPORTE MODERNO: BOX Y FOOT-BALL

Pero la civilización capitalista había de traernos otra modalidad, símbolo de su fuerza. Y por consecuencia, otro deporte, otro espectáculo público: el box. Las luchas greco-romanas, más romanas que griegas del cuerpo a cuerpo, se convierten en el boxeo en un deporte nacional y luego internacional. Los puños, la fortaleza física, la técnica del clinch y de la trompada, priman en este nuevo deporte tan yanqui, tan fiel reflejo de la época maquinista y materialista que vivimos. El foot-ball y los demás juegos de pelota y diversiones elegantes para élites—ya no públicos—constituyen asimismo fases del deporte contemporáneo que deleita a las grandes masas, y sirve de solaz en los días de descanso que deja libres la agotante esclavitud del trabajo.

Se ha dicho por ahí que los Estados Unidos de Norte América supercivilizados—pero no supercultos—reviven la tendencia griega del culto a la salud física y a la belleza humana. Sin embargo, el deporte actual, tal como se le practica, no permitirá jamás la realización de este ideal, puesto que el espectáculo boxístico es lo menos estético que puede darse y el foot-ball en el grado de pasión a que ha llegado, acusa ya una gigantasia, fatal para su equilibrio. El box es un espectáculo feo, grosero, grotesco. Jamás los boxeadores son hombres de cuerpos esculturales, ni de formas estatuarias. Desproporcionados, lo único que puede

asombrar es su agilidad de simios para huir a los golpes del contrario. Musculosos, de grandes puños, son todo lo contrario a la armonía de la belleza física en el hombre. La técnica misma es algo desastrozo e inconcebible que pueda servir de solaz o diversión a espíritus medianamente sensibles a la belleza. Es lo más lejano del ideal helénico y del placer de mirar.

El boxeo tiene por objeto simplemente demostrar al gran público cuál de los hombres que luchan sobre la lona—ya no sobre la arena romana—es más fuerte o tiene más maña para dormir a su contrario. Agilidad, ciertamente, para no quedar *k. o.* Ni enemistad como en el Medioevo, ni desafío a la fuerza ciega de un ser irracional, como el toreo. Los dos boxeadores han sido previamente entrenados y muchas veces están previamente de acuerdo para dejarse noquear, si así conviene a los empresarios. Espectáculo desprovisto de belleza, pero también de generosidad. Espectáculo individualista hasta el exceso. Su mercantilismo lo hace más indigno. Apuestas, boletaje, preferencias. También el público se analiza, también ruge y estalla en gritos de entusiasmo histérico, cuando triunfa o pierde su ídolo. También la sangre nubla sus ojos. La lona cuadrada de cuerdas es el nuevo templo, donde la civilización de nuestro tiempo rinde culto a la fuerza bruta y ciega de dos hombres incultos.

El foot-ball tiene más, mucho más de deporte griego. Más colectivo, da ocasión a demostrar cualidades físicas apreciables entre los jugadores. No es tampoco

lucha entre hombres, ni entre el hombre y la fiera. Es realmente un juego, aunque muchas veces se traben combates apasionados. El «field» es el vasto escenario, donde mozos ágiles y sanos compiten por conquistar la meta. Tiene un simbolismo hermoso y es un deporte de juventud, saturado de noble entusiasmo. Sólo los jóvenes pueden ser foot-ballistas, porque se requiere el máximo de elasticidad muscular. La natación, las carreras, los saltos, los resucitados Juegos Olímpicos europeos son, en efecto, éstos sí, una vuelta a la salud y a la belleza físicas helenas, únicas en que puede encontrarse la verdadera alegría de vivir.

Pero también el deporte noble tiene sus peros. El comercialismo por un lado, el profesionalismo, la gigantasia, los records por el otro. Todo en esta época de imperialismos, tiende a lo desproporcionado. Parece que huímos desesperadamente de lo justo, de lo equilibrado, de lo armonioso. La competencia es un acicate tremendo, el estímulo máximo. La gigantasia bastardea el deporte. Las jiras internacionales no llevan el generoso fin de trabar justas de agilidad sonriente, probando cual pueblo tiene una juventud más ágil, más airoso, cuál sobresale en estas cualidades y cuál en aquellas otras. Se realizan por rivalizar, por competir. Por arrebatarse el título del campeonato tal, más digno que quedar en las manos de éstos o los otros jugadores. Muchas veces los torneos internacionales, o de pueblo a pueblo, terminan en una abierta batalla, con incentivos furibundos para los países y pueblos respectivos. Y el juego se

convierte en lucha odiosa. Los empresarios, especuladores y demás son el otro lado funesto del deporte moderno. Hecho un negocio, el deporte desciende. El profesionalismo quita su ídolo al deporte mismo y lo sujeta a las conveniencias especulativas de los promotores. Ya hay todo un engranaje deportivo: prensa, ligas, instituciones, empresarios, mercaderes. Pronto habrá bancos y bolsas.

## EL DEPORTE Y LA CULTURA

El deporte no es sólo diversión, recreación, pasatiempo o placer como dice el diccionario. Como lo entendieron los griegos, era algo más: era salud y belleza física. Por eso los gimnasios, los ejercicios físicos, cultivados siempre por los pueblos más cultos. El deporte es eso: culto a la salud y a la belleza. Pero agigantado es todo lo contrario, es atrofia o hipertrofia de unos órganos por otros. El excesivo crecimiento de los músculos puede y lo logra, atrofiar, por ejemplo, el cerebro. La mayoría absoluta de los deportistas, especialmente los boxeadores, son hombres de muy reducida cultura, que jamás leen, que no saben nada de arte, ni de música, ni de literatura, ni de política, ni de filosofía. Ninguno de los grandes ejercicios intelectuales que desarrollan la personalidad y son base de la cultura. Son meros deportistas, sin otra perspectiva. Y en cierto modo, el gran público espectador participa de este exclusivismo. Como el espectáculo deportivo es tan frecuen-

te—semana a semana—apenas si alcanza el tiempo para ocuparse de otra cosa que de leer las crónicas del deporte en todo el mundo, luego de la agotante labor de fábricas, talleres, oficinas. El deportista por su lado debe entrenarse toda la semana para estar listo el día domingo; no puede leer porque le gasta, no puede asistir a otra clase de distracciones porque puede influir en sus nervios. Es un esclavo de su afición o de su profesión.

La gigantasia del deporte conspira contra la cultura. El deportista y los deportistas son apasionados vehementes de su afición y olvidan que existen otras manifestaciones de la inteligencia humana, dignas de tomarse en cuenta. La fuerza física parece como que estuviera en contradicción con la energía mental y con la lucidez intelectual.

Pero el deporte es un gran estimulante físico y el mejor mantenedor de la salud del cuerpo. Sólo que necesita imperiosamente ser equilibrado, dosificado. Su exceso implica la atrofia intelectual. Y su mercantilismo es su bastardeamiento.

#### RETORNO A LA ARMONIA

Toda época ha de ser superada. No se puede retroceder, ni tratar de imitar el pasado. Acordes con el tiempo, hemos de someternos a sus cambios y a su perenne movimiento dialéctico.

Si la historia es lección y experiencia, ella debe ser-

virnos como punto de partida para transformar, superándola su realidad vivida.

El deporte es una expresión vital. No es mero juego, no es simple diversión. Es necesidad psico-física, ya que encierra goce y sensación. El hombre tiene múltiples necesidades. No se puede ser esto o lo otro. No se debe ser. La universalidad de la cultura señala este derrotero. Si en lo mecánico, el funcionalismo racionalizante exige la perfección técnica, en las cosas del espíritu prima el libre albedrío, el impulso personal.

Si el ambiente limita y condiciona, la voluntad del hombre talla y modela una nueva forma.

Puede decirse que el deporte actual ha llegado a la cúspide de sus posibilidades como exigencia física. Ha llegado a la atrofia. Su decadencia es el mercantilismo, la gigantasia, el profesionalismo. Tiene que surgir una nueva forma deportística que salve el juego al aire libre de sus taras. Y le devuelva su exacta finalidad: propender al desarrollo físico, normal, armonioso, a la salud física, a la belleza y servir de estímulo al cerebro para los ejercicios de la inteligencia.

Ser deportista significa saber perder, conservar el buen humor, reconociendo la superioridad del contrario. El deporte actual ha olvidado esta premisa. Porque ya no es juego, ahora es profesión. En lo que antes había generosidad y desprendimiento, ahora hay interés mercantil.

La evolución del deporte señalará nuevas pautas. Entregándolo de lleno a la juventud idealista, volverá a

ser noble culto a la naturaleza, goce estético, canto a la armonía del cuerpo y de la mente. Liberado de bajos intereses para elevarlo al grado de rito pagano, con toda su euforia y su glorioso entusiasmo.

Y armonía, equilibrio, tendencia a la perfectibilidad, es la mejor manera de comprender la armonía de la naturaleza.